



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

ESPAÑA.	
Un trimestre.....	Ptas. 4,
Un año.....	12,
ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Un semestre.....	Ptas. 12,
Un año.....	20,

ILUSTRACIÓN INFANTIL DECENAL

CON MAGNÍFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS

AÑO I. N.º 10.

MADRID
10 de Abril de 1887.

ADMINISTRADOR:
J. PALACIOS, ARENAL, 27

NÚMEROS SUELTOS

De LA ILUSTRACIÓN con el su-	
plemento en cromo.....	Ptas. 0,25
Idem id. atrasado.....	0,50
Cada ejemplar de los	
cuENTOS ILUSTRADOS.....	1

SUMARIO.

TENTO.

- Correspondencia particular,
por
D. Manuel Ossorio y Bernard.
Nuestros grabados.
El suplemento en cromo.
Derecho político,
por
D. R. Gil Osorio y Sánchez.
Mi hija Margot,
por
D. Juan de Dios Peza.
El ojo,
por
D. José Muñoz Escamez.
Imprudencias infantiles,
por
D. Santiago Olmedo y Estrada.
La paloma blanca,
por
D. Angel Lasso de la Vega.
Contra soberbia, humildad,
por
D. José María Sbarbi.
Mosaico.
Juegos de imaginación.
Nuevos problemas.
Anuncio.

GRABADOS.

- La educación de la marica
Mater Dolorosa.
El cesto de los niños malos.

CROMOS DEL SUPLEMENTO.

- El Orangután.
El Elefante.



LA EDUCACION DE LA MARICA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Confieso que me he descuidado mucho para este número: me olvidé de las fechas fatales de toda publicación, y al acudir á mi casa el muchacho de la imprenta por el original de la revista, me encontré contestando á varias cartas de los suscritores de EL MUNDO DE LOS NIÑOS. Imposibilitado, por lo tanto, de escribir mi acostumbrada *Conversación familiar*, á menos de retrasar la salida del número, desisto de ello, y entrego á la imprenta esta *Correspondencia particular*.

De esta suerte me ahorro unos sellos, y tengo la seguridad de que las cartas llegarán á su destino.

Sr. D. N. M. C. (Madrid.)

Amable suscriptor: la queja de V. es injusta porque en un periódico infantil, hay que atender á todos los gustos. V. dice que no debíamos publicar más que trabajos verdaderamente instructivos, y otros se lamentan de que, al dar cabida á estos, privamos de un espacio que en su concepto debieran ocupar los cuentos, novelitas y comedias. Hay quien dice que los juegos de imaginación les aburren, y quien dejaría su abono en cuanto estos faltasen.

¿Usted sabe la fábula de el padre, el hijo y el horriquito?

Pues dice el fabulista que iban por un camino un muchacho montado en un burro, que el padre de aquel llevaba del ramal.

—Está bueno!—dijo el caminante.—El zagalón bien descansado y el pobre viejo rendido de andar á pie!

Bajóse el muchacho avergonzado, subió el padre en el burro, y, encontrando á otro caminante, le oyeron que decía:

—El mundo al revés. El pobre niño á pie y su padre ó lo que sea, haciendo el viaje con toda comodidad!

—Súbete conmigo;—dijo el viejo.

Y ambos montados, prosiguieron su jornada hasta tropezar con otro viajero que exclamó:

—Pobre animalejo... subir en él dos hombres! de fijo que no tarda en caerse muerto.

Con lo cual, se bajaron ambos y siguieron su camino, aunque no sin escuchar que alguien decía viéndolos pasar:

—Serán necios?... Van rendidos y jadeantes y sin utilizar esa caballería!

Con lo cual quiso demostrar el fabulista, que no es posible, en esta jornada de la vida, dar gusto á todos los demás caminantes.

Transija V., pues, con los cuentecillos de EL MUNDO DE LOS NIÑOS, y crea V. que éstos, aun los más sencillos y elementales, encierran siempre alguna enseñanza para las criaturas y aun para los hombres. Esto es al menos lo que se proponen nuestros celosos colaboradores, y lo que yo no me canso de advertirles un día y otro.

Suyo, seguro servidor,

M. O. B.

Sr. D.... Juez de primera instancia de...

Muy señor mío: Queda hecha su suscripción, y no me extraña, como V. supone, sabiendo que carece V. de familia. Aquí en Madrid está suscrito un matrimonio anciano y crea V. que me llena de orgullo el saber

que mi humilde publicación arranca á los cónyuges lágrimas de dulce ternura al pensar en los hijos que han perdido, y en lo que éstos habrían gozado con EL MUNDO. Un respetable Sacerdote de Madrid es también suscriptor, y sé que tiene siempre numerosos niños de su feligresía, que se disputan nuestros números y cromos. Un importante personaje, cuya modestia y benéfico carácter son muy conocidos, es suscriptor igualmente, y por trece ejemplares: uno para su biblioteca, y los demás para diferentes asilos de caridad y colegios pobres.

No me extraña, pues, la suscripción de usted, y hasta me atrevo á sospechar que la lectura de EL MUNDO DE LOS NIÑOS le será más grata que la de esos autos civiles en que la ambición humana tantas ruindades pone de manifiesto, y esas causas criminales que tanto pugnan con los honrados sentimientos de V.

Suyo afectísimo amigo,

M. O. B.

Sr. D. J. N., estudiante de primer año de latín.

Amigo mío: me escribe V. sometiéndome el proyecto que ha concebido, y al cual se asocian muchos de sus compañeros de Instituto, de crear un Círculo de niños, á semejanza de los Círculos regionales y de los Círculos políticos que existen en Madrid. La idea no es mala; pero tropieza con algunos obstáculos. ¿Cómo van ustedes á satisfacer el arriendo de la casa? ¿Cómo van á tener local á propósito para que les esperen sus niñas y criados? ¿Quién les presidirá cuando el caso lo requiera?

Ya sé todo cuanto puede V. decirme: que tampoco es posible que los círculos de los hombres se pague al casero con la cuota de los socios; que ustedes saben andar solitos, que elegirán su mesa por sufragio universal, ecétera, etc. Pero, ay! amigo mío, los círculos de personas mayores, tienen recursos extraordinarios, que ustedes no lograrían jugando al marro ó á pinto-pinto; ustedes saben andar solos, pero una tardanza injustificada puede motivar en cada casa una azotina de que pueden ser ustedes protagonistas, y respecto al sufragio universal, es seguro que, empleado por ustedes, pondría el poder supremo en manos de quien tuviera mejores puños ó de quien supiera escamotear más hábilmente los nombres de las papeletas. Nosotros los hombres, no hacemos semejantes cosas.

Desistan, pues, de su proyectado círculo; estudien su Gramática latina y sus nociones de Geografía, y no den mal ejemplo á sus hermanitos de pecho y se obstinen en tener también su círculo mixto de mamones y no-drizas. Tiempo queda á V. de hacer tonterías, si dios le concede la salud que le desea su amigo,

M. O. B.

Tales eran las cartas, contestadas, que iba á remitir al correo, y he remitido á la imprenta para que no falte en este número la firma de

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

NUESTROS GRABADOS.

LA EDUCACIÓN DE LA MARICA.

Tal es la importantísima ocupación á que consagra Elenita la mayor parte de su tiempo, desde que le han regalado el ave, acabada de salir de su cascarón. Por el pronto,

su único desvelo es hacer que la conozca y que crezca y se desarrolle, para lo cual, siempre está dándole de comer; después, se promete enseñarla á que hable el castellano con corrección académica.

Y, lo que dice un hermanito de Elena:

—Habiendo venido tan jovencita á casa, podremos averiguar si es cierto eso que dicen de que hay pájaros que viven más de cien años.

MATER DOLOROSA.

Estátua en mármol, de D. Agustín Querol.

Cuando este número llegue á manos de nuestros suscritores, las alegres fiestas de la Pascua habrán reemplazado á los tristes días en que la Iglesia conmemora la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. En ellos habréis recordado con tierna gratitud, el sacrificio que el Hombre-Dios se impuso por salvarnos, sometiéndose á todas las penalidades de la vida, para predicar la salvadora doctrina que había de cambiar la faz del mundo, sufriendo los más crueles tormentos, siendo objeto de escarnio y mofa de parte de sus criminales verdugos, y muriendo en afrentoso cadalso con los ojos puestos en el cielo, con el perdón en los labios y pidiendo por sus asesinos.

La tragedia del Calvario ha sido siempre inspiración para el arte cristiano en sus diversas manifestaciones. Hoy reproducimos una estatua en mármol del célebre escultor tortosino, pensionado en Roma, don Agustín Querol, la que es tan notable por el sentimiento religioso, como por la valentía de su ejecución artística.

EL CESTO DE LOS NIÑOS MALOS.

Hay varias fórmulas establecidas en las familias para llamar al orden á la gente menuda. La más generalizada es la amenaza del *cuarto oscuro*; pero también es muy corriente la del hombre del cesto que viene á llevarse á los niños malos. De ser cierta la intervención de dicho hombre, en todas nuestras funciones domésticas, habría que considerar al cesto según se lo ha figurado y le representa el autor de la lámina que en este número publicamos.

LÁMINAS DEL SUPLEMENTO.

EL ORANGUTÁN.

Entre todos los monos es el que más se parece al hombre; y sus dos clases, el *pongo* y el *foco*, pueden conceptuarse como una sola especie, que sólo se diferencian por la altura. El *pongo* de Guinea, de altura gigantesca, es en todas sus proporciones parecidísimo al hombre. Tiene rostro pelado, ojos hundidos, larga cabellera y un ligero vello por todo el cuerpo. De pantorrillas es de lo que está peor que el hombre. Anda siempre en dos pies; duerme sobre los árboles, construye chozas para resguardarse del sol y la lluvia, y sólo se alimenta de vegetales; es valiente hasta la temeridad, y no se deja cazar por el hombre, como no sea muy pequeño. Se distingue del hombre en que su nariz no tiene prominencia; en que su frente es muy reducida; su barba achatada; la separación entre la nariz y la boca muy grande, y sus orejas muy abultadas. En su organismo interior existe también alguna corta diferencia, dando el caso extraño de ser mucho mayor la analogía del Orangután con el hombre que con los monos, en cuya familia le han clasificado los naturalistas.

EL ELEFANTE.

El Elefante es, después del hombre, el ser más considerable de la tierra, sobrepujando á todos los demás animales por su fuerza, y acercándose al hombre por su instinto. En el estado de libertad no es sanguinario ni feroz, y no emplea sus armas ni su fuerza más que en la propia defensa. Aliméntase generalmente de raíces, plantas, hierbas, frutos tiernos y granos, y su vecindad no es muy codiciada, por lo mismo, entre los cultivadores de la India. Se le domestica sin gran esfuerzo, y llega á tomar verdadero cariño á su amo, aunque sin olvidar su esclavitud, en la cual no se reproduce. Durante muchos siglos, el Elefante ha sido un auxiliar poderosísimo en las guerras.

La epidermis del Elefante tiene dos clases de arrugas, unas cóncavas y otras convexas. En Ceylán se les da caza con diversos procedimientos, pero el más usual consiste en cercarle cientos de hombres, y asustarle dirigiéndose hacia él haciendo ruido con trompetas, tambores y petardos.

DERECHO POLÍTICO.

Ya debes estar deseando, infantil lector, que lleguemos á esta parte del Derecho, porque es más amena que ninguna y porque es la de que más habrás oído hablar hasta ahora, aunque no respondo de que sea la de que hayas de oír hablar más en lo sucesivo. De todas maneras, si estabas impaciente por saber algo de *Cortes y Constituciones, derechos, libertades y garantías*, conste que ya hemos tropezado con ellas.

Sabes que existen ciertos derechos que se denominan políticos; que hay diputados y senadores; que los diputados y los senadores, ó sea el Congreso y el Senado, ó sean las Cortes, con el Rey, hacen las leyes, ejerciendo el *poder legislativo*; que los ministros, ejerciendo el *poder ejecutivo*, gobiernan; y que los tribunales, desempeñando la función *judicial*, juzgan, administran justicia, aplican las leyes arreglando y resolviendo las cuestiones que entre los individuos se originan, decidiendo qué es *tuyo* y qué es *mío*, y señalando el castigo que corresponde al que se desmanda.

Pues bien: esta es la doctrina de los *poderes*, que más que *poderes*, en plural, son aplicaciones ó funciones de un solo poder, como podéis comprobarlo en vuestra misma casa, donde vuestro papá ó vuestra mamá dictan la ley (mandando, por ejemplo, que vayáis al colegio) la ejecutan (llevándoos de la mano) ó señalan la pena (dejándoos sin comer si no habéis ido). En la sociedad de los hombres reunidos, el papá se llama *Estado*, cuya misión principal consiste en impedir que nos demandemos, en procurar que haya paz y en ayudarnos á realizar el bien y la justicia, lo cual intenta conseguir por medio de los tres poderes y fun-

ciones que os he descrito, tal como los organiza la Constitución española.

Porque en el Estado, la ley fundamental, la primera de las leyes, es la *Constitución*, donde se determinan esos poderes y donde se indican nuestros *derechos políticos*, conviene á saber; el derecho á vivir, (*seguridad personal*); el derecho á escribir lo que se nos antoje, aunque sea una atrocidad (*libertad de imprenta*); el derecho á no ser católico, (*libertad religiosa*); el derecho de reuniones con nuestros semejantes, (*libertad de asociación*) y el derecho de que no se metan en nuestra casa ó no nos abran las cartas, sobre todo, si no contienen billetes de banco (inviolabilidad del *domicilio* y de la *correspondencia*).

Volvamos al *Estado*.

El Estado necesita un Jefe: un Rey ó un Presidente; de aquí las dos *formas de Gobierno* que hoy se conocen y practican: *Monarquía y República*. El Rey, con arreglo á la Constitución de España, es el Jefe del Estado, y tiene, entre otras, tres prerrogativas esenciales. 1.^a *Sancionar* las leyes, porque os he dicho que *legista* con las Cortes. Mientras el Rey no *aprueba* ó *sanciona* la ley, ésta no tiene tal carácter. 2.^a Nombrar los ministros. 3.^a Disolver el Parlamento, esto es: deshacer las Cortes, para que se nombren otras nuevas. Además, el Rey nombra una parte del Senado, y posee la prerrogativa de indulto, con ciertas condiciones, según veremos.

Esto que os he contado es lo que se llama *el sistema constitucional ó parlamentario*, que se funda, por lo que respecta á España, en dos principios: la Monarquía y la intervención de la *soberanía popular* ó del *país* que toma parte en el Gobierno, eligiendo diputados y senadores que lo representan, y que, con arreglo á las opiniones de los que los eligen, discuten las leyes ó las votan, y sobre todo, *ayudan* al Gobierno en el cumplimiento de su cometido. Hay, por consiguiente, dos elementos esenciales, que son los mismos que había en las Cortes antiguas: *rey y pueblo*; sólo que entonces el pueblo aparecía dividido oficialmente en clases, y hoy ya todos somos, poco más ó menos, iguales ante la ley.

Toda la cuestión (ó toda la ilusión) se reduce á esto: que las Cortes sean el espejo del país, la *representación*, como se dice; porque sólo así puede cumplirse la *soberanía* distribuida entre el Rey y las Cortes. Esta es la *médula* del sistema constitucional y parlamentario, que es nuestro *Derecho político* desde el año 1812, fecha de la primera Constitución, de cuyo artículo mandando que seamos buenos y justos (que por cierto no sé si se ha cumplido), os hablé el otro día.

Hay otro *Derecho político* (prohibido), que es el que trata de cómo se han de *hacer las elecciones* (para diputados y senadores); de cómo se ha de *votar el pucherero* (para que resulten elegidos los amigos); de cómo se ha de *conspirar* para derribar lo existente, y poder lograr, á rio revuelto, ganancia de pescadores, y de otras lindezas por estilo; pero como nada de esto sucede en España, según tengo entendido, ni os interesa á vosotros, ni yo he de abusar más con su relato, de vuestra paciencia. Y si por acaso sucediera, ó viniera del extranjero, ó del *moro* ese *Derecho político*, no os hablaré de él tampoco, para respetar vuestro *derecho á la inocencia*, aunque no esté consignado en la Constitución.

R. GIL OSORIO Y SANCHEZ.

MI HIJA MARGOT.

Tiene Margot un niño á quien adora, que no nació entre lágrimas y males, pues se lo dió de cuela una señora que lo compró de lancee en veinte reales.

No hay un cariño igual á ese cariño, reflejo fiel de abnegación sincera, que ni lo entiende ni lo paga el niño, que le dice *mamá* y es de madera.

Sin temor de que enferme ó que se pierda, la madre sabe, de contento loco, que el niño, si le tiran de una cuerda, llora, abriendo los ojos y la boca.

¡Si le viérais en horas sosegadas con qué ternura maternal le viste, y con qué melancólicas miradas se fija en él cuando le juzga triste!

«¿Qué tienes—le pregunta—niño mío? ¡Más bonito que tú no habrá ninguno! No llores... ¿tienes hambre? ¿tienes frío? Duerme mientras te traigo el desayuno.»

Y le acuesta en su lecho, allí le abriga, bajo sus mismas sábanas le arropa, y corre por la leche y por la miga para darle en los labios sopa á sopa.

Que no las toma el niño es cosa clara, pero aquí la intención salva el abismo; Margot en tal desaire no repara, pues ella se las come, y es lo mismo.

Margot junto á mi padre, dulce y quieta, era siempre su encanto y su consuelo, y yo vi alguna vez, frente á la nieta, lágrimas en los ojos del abuelo.

«Estos juegos—me dijo—causan frío: no sé ni qué revelan, ni qué indican: hacen cosas los niños, hijo mío, que ni los grandes sabios las explican!

«¿Cuánto Margot á la virtud promete! Mira... en su niño están sus ojos fijos... avergüenza esta madre de juguete á los monstruos que olvidan á sus hijos.»

Mientras yo silencioso meditaba, Margot, que cuenta cuatro primaveras, para dormir al niño lo arrullaba como arrullan las madres verdaderas.

JUAN DE DIOS PEZA.



MATER DOLOROSA. (Estatua en mármol, de D. Agustín Querol.)



EL CESTO DE LOS NIÑOS MALOS.

EL OJO.

—Oye, Ricardito—decía Carlos, niño muy aplicado á un amigo suyo;—¿sabes tú por qué vemos y cómo vemos?

—Hombre...—contestó Ricardo;—vemos con los ojos.

—Toma, eso á cualquiera se le ocurre. Lo que te pregunto es si sabes por qué vemos con los ojos, y de qué manera vemos.

—Pues chico, francamente, no lo sé; pero si te atreves á venir conmigo á casa de don Juan el médico, ese nos dirá con seguridad eso que me preguntas. Te atreves?

—Vaya si me atrevo!

Y dicho y hecho. Nuestros dos amiguitos se encaminaron á la casa del sabio facultativo, que era visita de sus respectivas familias, y con ánimo decidido y continente sereno, se presentaron á él, y después de los saludos que la educación enseña, nuestros hombrecitos se decidieron por fin á formular su pregunta, que benévolutamente acogida por el doctor, recibió la siguiente respuesta:

—Voy á demostraros prácticamente lo que con una explicación, por detallada que fuera, no podría: es decir, voy á haceros palpable y manifiesto lo que sucede, tanto en vuestros hermosos ojos, brillantes de juventud y vida, como en los míos ya gastados por la edad y el estudio, tanto en el hombre en general, como en los animales.

Cerrad las ventanas. Perfectamente. Estamos en completa oscuridad. Pues bien; figuráos que este salón en que estamos es un ojo enorme, y que, por consiguiente, estamos dentro de él. Sólo entra la luz por este agujero que hay en la ventana; en este orificio pongo un cristal de aumento, como los de las gafas que usan vuestros papás. Ya está. Mirad ahora en la pared que da frente á la ventana.

—¡Oh!—exclamaron á dúo los niños. ¡Qué bonito es eso! Sobre la pared aparecía como dibujado por insigne artista, todo el paisaje que desde la ventana se abarcaba, pero lleno de luz y color, como hecho por la Naturaleza misma.

Tejados, árboles, paseo, todo en fin, se hallaba sobre el ancho frente, reproducido con fidelidad pasmosa, solo que estaba al revés, es decir, todo boca abajo.

Este salón, como os dije antes—continuó el sabio doctor—representa el interior del ojo, al cual llega la luz por una abertura que es lo que vulgarmente se dice «la niña del ojo» ó pupila. Muy cerca de esa abertura hay una especie de cristal de aumento, que se llama *cristalino*, y que hace el mismo papel que aquí este cristal de gafas; por último, una superficie blanca, la retina, es el frente sobre el cual se dibujan los objetos que vemos.

—Pero...—objetó Carlitos.

—Ya sé lo que vas á preguntarme. Tú quieres saber cómo dibujándose al revés los objetos en nuestra retina, nosotros, sin embargo, los vemos tal como están. ¿No es eso?

—Sí.

—Pues bien. Hay tres teorías, es decir, tres maneras de explicarlo. La primera es que nosotros no apreciamos los objetos más que como nos indica la vista, subordinada al tacto, es decir, que viéndolos primero al revés, modificamos luego la manera de apreciarlos palpándolos. Esto, como comprendéis, no puede ser exacto; porque tratándose de cosas que no hubiéramos tocado nunca, deberíamos verlas en sentido inverso al que tienen en realidad.

La segunda es que estamos acostumbrados á tomar en sentido inverso las imágenes que se dibujan en la retina; y la última es que nosotros realmente no vemos las imágenes de la retina, sino que vemos las cosas mismas, siguiendo la dirección de los rayos

luminosos que á nuestra vista impresionan. Esta última teoría es la más acertada, en mi concepto.

De la vista pasan las sensaciones al cerebro, por medio de dos nervios que se llaman *ópticos*, y del cerebro nuestra alma las recoge, siendo indispensable que haya transmisión de las sensaciones visuales al cerebro, para que podamos ver; de tal modo que los ojos no son más que los instrumentos que tiene nuestro espíritu para percibir el mundo exterior.

Ya estáis complacidos—dijo el doctor—y tened en cuenta que de tal modo me ha satisfecho vuestro deseo de saber, que estoy dispuesto á explicaros, cuando queráis, la razón de muchos fenómenos de la Naturaleza.

Los niños se retiraron muy complacidos, prometiéndose volver pronto á la casa del sabio médico, que de un modo tan cariñoso les había recibido.

JOSÉ MEÑÓZ ESCAMEZ.

IMPRUDENCIAS INFANTILES.

(Continuación.)

IV.

UNA NOCHE EN LA SIERRA.

La oración fortaleció el alma, y más dueños de nuestra voluntad, buscamos en medio de las tinieblas que nos rodeaban un hueco, una depresión en la montaña, capaz de resguardarnos del aire y del rocío.

Gasparín marchaba delante, y yo iba fuertemente agarrado á su ropa, siguiendo sus pasos.

No veo absolutamente nada, León—exclamó mi amigo;—y creo que estaremos así toda la noche si la luna no viene en nuestro auxilio.

Aquella marcha era peligrosísima, y pedíamos á Dios, con igual fe que el desobediente Arturo, que hiciera asomar al satélite de la tierra, cuyos plateados rayos nos servirían para hallar un albergue donde pasar la noche.

—¡Virgen mía! socorredme—gritó Gaspar con una voz que revelaba el mayor espanto, y casi al mismo tiempo sentí escapar de mis manos sus ropas, y oí rodar su cuerpo.

—¡León, León, socórreme!—volvió á decir.

Si doy un paso más, también ruedo yo al fondo del abismo en que acababa de caer mi desgraciado compañero. Uno de mis pies pisaba el borde del silo, y al darme cuenta de la desgracia, no tuve valor más que para llamar con entrecortadas voces, ahogadas por el llanto, al desgraciado Gasparín.

Pero mis voces las reproducía el eco de las montañas, y mis sollozos se perdían en las sombras de aquella terrible noche.

Ni el viento, ni los lobos respondían á mis desgarradores gritos y á mi triste llanto. Qué bien había dicho Gasparín:

—¡Qué triste es la noche!

Me eché en tierra, y sacando la cabeza hasta tocar la garganta el borde del abismo, empecé á gritar:

—¡Gasparín, Gasparín, amigo mío! ¿Dónde estás?

—¿Dónde estás?—repetía el eco en el fondo del silo.

Trascurrieron algunos minutos tan largos como aquella interminable noche, y ni un ruido, ni un acento, más que los de dolor que de mi pecho se escapaban, se oían en la sierra.

El disparo lejano de un arma de fuego me hizo poner de pie y dirigir la mirada al punto donde había sonado.

Al disparo sucedieron fuertes ladridos de perros.

—Hay gente en la sierra—me dije;—y con todas las fuerzas de mis pulmones, grité:

—¡Socorro, aquí, socorro!

Otro segundo disparo, y tras este muchos más, acompañados de ladridos de muchos perros.

¿Serían cazadores perdidos en las escabrosidades de aquel estenso monte, que pedían auxilio con sus armas?

Esto pensé; pero mis gritos no eran contestados más que por el eco, y yo no me sentía con fuerzas para soportar un instante más aquella angustiosa situación.

Los disparos no habían cesado del todo; de cinco en cinco minutos se oían algunos, contestados siempre por el ladrar de los perros.

De repente me sentí empujado por un cuerpo que corría con una velocidad prodigiosa.

El golpe me derribó en tierra y quedé en ella sin conocimiento.

V.

UN SOCORRO Á TIEMPO.

Cuando recobré la razón, me encontré tendido sobre una manta, al lado de una hoguera inmensa, y en torno de mí diez hombres; que al verme abrir los ojos, lanzaron un grito de alegría.

—Animo, hijo mío—me dijo uno de ellos.—No ha sido más que un susto; ya nada tienes que temer, nosotros no te hemos de abandonar.

Esto me dijo uno, que tenía trazas de ser un caballero distinguido.

—¿Y Gasparín?—pregunté yo.

—Quién es Gasparín?—volvió á decir el mismo señor.

—Mi amigo—añadió llorando;—el hijo del alcalde de mi pueblo, que desapareció en un silo hace poco, y por más que yo le llamaba, no me respondía.

Aquellos hombres se miraron unos á otros, y después de unos instantes de silencio, volvió, el que se dirigió á mí, á decirme:

—¿En qué sitio ocurrió esa desgracia?

—En el mismo en que yo, empujado por no sé qué cosa, caí en tierra privado de conocimiento.

—¡Ah!—exclamó entonces;—es aquí. Tranquilízate, quizás sea aún tiempo de salvarle, si es posible! Toma algo con que reponerte: cómete estas galletas, bebe un trago de este vino, y mientras lo haces, refiérenos por qué te hemos encontrado en esta sierra.

Lo hice sin omitir ni un detalle, y ellos á su vez me digieron que eran cazadores á quienes habia sorprendido la noche en la montaña, y como estaban divididos en grupos tuvieron que disparar sus armas para reunirse; añadiendo también que creían que alguna res mayor, asustada por los tiros, sería lo que me derribó en tierra, cuando lancé el último grito de socorro.

Después de estas explicaciones, acordaron dar una batida hasta donde fuera posible, para ver si hallaban á Gasparin.

Se encendieron muchas hachas de viento, de las que llevaban provisión abundante, y se examinó debidamente todo el borde del abismo en el cual habia desaparecido mi compañero.

No era muy grande su diametro, y se observó que el único sitio por donde podía descenderse, era el opuesto á aquel en que se supuso acaecida la desgracia.

Diez ó doce perros que acompañaban á los cazadores, saltaban al rededor de sus amos, como si quisieran manifestar que ellos estaban dispuestos á ayudarles en tan piadosa obra.

Las llamas de los hachones no eran suficientes para poder apreciar la profundidad de aquella especie de pozo. No se arrojaron piedras para calcularla, por temor de que alguna de ellas pudiera aplastar á mi infeliz compañero.

Por fin, dos de los cazadores empezaron á descender, armados de hachas, no dejando lugar que no registrasen.

Los perros al verlos se lanzaron ágiles por aquella peligrosa abertura de la sierra, olfateando el suelo y gruñendo sordamente. Trascurrieron algunos segundos; los cazadores seguían descendiendo lentamente y con precaución, mientras que los perros, perdidos en las sombras del abismo, lanzaban al aire tristes y continuados aullidos.

—Los perros han visto algo—exclamó el primero de los cazadores que me habia dirigido la palabra;—quiera Dios que lleguemos á tiempo.

Los que descendían tropezaban á cada paso con grandes dificultades, y el descenso era muy lento.

Una cuerda—gritó uno de éstos;—hay que llegar á donde están los perros, pues sus ladridos indican que algo existe en el fondo de este silo.

Instantaneamente les fué arrojada una cuerda gruesa, larga y llena de nudos.

—Soltadla toda—volvió á decir la misma voz.

El aspecto que se ofrecía á nuestra vista era fantástico.

Seis hombres armados de hachas coronaban el borde del silo; todos ellos con el cuerpo inclinado, la vista fija en la oscuridad del abismo, y conteniendo la anhelante respiración de sus pechos. A una gran profundidad otros dos hombres que parecían suspendidos en el aire, y de donde la vista no alcanzaba, se oían los lastimeros aullidos de los perros, indicando que allí era necesaria la presencia del hombre.

Un ¡ay! se escapó de nuestros pechos al ver que uno de los que estaban bajando se habia colocado el hacha en la boca, y suspendido en el aire, descendía ágilmente por la cuerda que su compañero sostenia con ambas manos.

(Se continuará.)

SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA.

LA PALOMA BLANCA.

CUENTO INFANTIL.

(Conclusión.)

La que habia sido inocente causadora de mi desdicha, no me abandonó en ella. También me prodigó sus consuelos y sus auxilios, pero no quería, temiendo las iras de su irascible padre, exponerme otra vez á ellas. Así, cuando estuve curada, resolví enviarme, con gran pena suya y mía, á un bonito palomar de unos parientes cercanos que le tenían gran afecto, con eficaces recomendaciones para que fuera atendida y mimada. El encargado de llevarme á este paraje, era un truhán codicioso, que en vez de cumplir la comisión que se le diera, me vendió en un mercado de aves, tal vez á ruin precio. Poco tiempo estuve en él cautiva con otras compañeras en una tosca jaula, porque pasé en venta también, á estar bajo el dominio del apasionado de una célebre *prima-donna*, el cual me destinaba á lanzarme al escenario donde lucía ésta los encantos de su voz, de su persona y sus soberbios trajes, el día cercano de su beneficio. Llegó éste y me ví engalanada con una joya riquísima que me puso al cuello. Al terminar la *diva* uno de sus más bellos cantos, fuí arrojada á la escena, al atronador ruido de los aplausos y la entusiasta gritería del público, en medio de un diluvio de coronas y ramos de flores. Vine á caer en manos de la heroína de aquella fiesta, quien, dicho sea con verdad, más caso hizo de la alhaja que yo le llevaba, que de mí. Esto me impresionó desagradablemente. Cuando me ví en su domicilio á donde me condujo, observé en él tal desorden, que yo que siempre he sido juiciosa y he conservado el candor que nos es propio, determiné no presenciar ciertas escenas que no eran de mi agrado, y aprovechando un descuido me evadí por una ventana, subí al tejado de la casa próxima, y allí reflexioné el partido que me convenia tomar. La noche se echó encima y me puse á contemplar las brillantes estrellas, esas flores de oro esmaltadas sobre el azul del cielo, por si me ins-

piraban alguna idea luminosa acerca de mi porvenir.

Encontrábame á la sazón algo cansada de la vida inquieta que habia llevado hasta entonces, y además, iba también entrando en años para seguir siendo una aventurera sin casa ni hogar fijos. Deseaba, pues, una vida independiente y sosegada. Acabé por tomar una resolución, y á las primeras luces del siguiente día encaminé mi vuelo á la ventura, en busca de un paraje apartado del bullicio del mundo, donde pudiera pasar el resto de mis días. Mi suerte me trajo á esta comarca: en ella ví ese aislado torreón, situado de manera que domina toda esta campiña tan deliciosa. No vacilé en establecerme definitivamente en él. ¡Cuán acertada anduve, pues aquí me esperaba una felicidad con que no contaba; la de hallar tan excelentes amigos, como sois, entre ellos, vosotras, purísimas flores, á quienes todos admiran como la más bella expresión de la poesía de la naturaleza!

La blanca paloma concluyó el relato de sus aventuras. Sus oyentes, que habian estado suspensos de sus palabras, la aplaudieron á porfía por sus hermosos sentimientos y su abnegación para proporcionar siempre beneficios y jamás desventajas. ¡De cuán pocos seres de la creación podrían decir otro tanto!

Aún no se habia repuesto la discreta ave del cansancio que le produjo su largo relato, cuando llegó hasta ella apresurada una dama de la reina del palomar, rogándole que acudiese á ella con sus consejos, porque se hallaba amenazada toda su corte de un grave suceso, y acaso de una catástrofe espantosa. La anciana llegó con toda la celeridad que sus débiles alas le permitían á presencia de la soberana, y supo entonces que habian llegado confidencias, anunciando el próximo ataque al palomar aquel, de una inmensa banda de palomas torcaes y silvestres, aliadas para el daño, y capitaneadas por un caudillo terrible, un bandido más bien, de esos que suelen dedicarse al rapto de palomas inofensivas, pajarraco de los más perversos instintos.

La vieja paloma blanca calmó el sobresalto de las tímidas, que lo eran todas, y prometió evitar el conflicto que les amenazaba, aun á riesgo de exponer su vida. En una ocasión muy critica habia salvado la del malhechor aquel que todo lo llevaba á sangre y fuego. Salíó á su encuentro con toda la agilidad que le permitían sus años, y recordándole el servicio que le prestó, é interponiendo sus súplicas, logró arrancarle la promesa de que se alejaría de aquellos lugares, llevando su expedición y sus ambiciones de gloria y botín á otras comarcas. Tal noticia fué recibida en el palomar amenazado con inmenso júbilo. No fué menor el de la feliz mediadora que habia conseguido devolver la calma y el contento á los que se juzgaban ya víctimas de un infortunio inevitable, porque para los buenos, no hay goce mayor que derramar sus beneficios sobre los que de ellos han menester.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

CONTRA SOBERBIA, HUMILDAD.

Cuéntase de Canuto, Rey de Inglaterra, que, deseoso de justificar de un modo palpable el título de dominadores y señores del mar que ostentaban sus predecesores, resolvió tomar un día solemne posesión de dicho elemento, á fin de que, en lo sucesivo, no se le pudiera disputar por nadie semejante prerrogativa. Persuadido de que en

manera alguna podría hacer más auténtico dicho acto que obligando al mar mismo a que viniera a rendirle vasallaje, como a soberano y señor suyo, mandó que al tiempo de la pleamar, levantasen un trono en la playa de una de las más florecientes e importantes poblaciones marítimas de su reino (1). Allí, ostentando el regio manto, cetro y corona, al llegar el mar cerca de su persona, le enderezó el siguiente razonamiento:

«Sábet que eres súbdito mío, que mía es la tierra que pisas, y que has-
ta aquí, nadie absolutamente ha con-
trariado mi voluntad; así, pues, mán-
dote que retrocedas, y que nunca oses acercarte a tu señor.»

Apenas hubo proferido semejantes palabras, cuando una oleada derribó el trono que ocupaba el monarca, dejándolo bien rociado desde los pies a la cabeza, y enseñándole de un modo bastante significativo que, si los reyes y grandes de la tierra tienen dominio sobre sus súbditos, el mar no reconoce más soberano que Dios, quien tuvo por conveniente imponerle ciertos límites que no le es dado traspasar sin beneplácito expreso del Creador y Conservador de todas las cosas.

Lección sublime cuanto elocuente que jamás debe perder de vista la humanidad, en todas y cualquier edades y condiciones de la vida, pues como dicen las sagradas páginas, «el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, ensalzado.»

JOSÉ MARÍA SARBÍ

MOSAICO.

En Vigo, un desgraciado niño a quien se incendiaron los vestidos, se dirigió a la habitación de su abuela impedida, en busca de

(1) Fué en *Southampton*, distante unas veinticinco leguas de Londres.

socorro, logrando solo que ambos perecieran entre las llamas.

En Roa han sido también víctimas del fuego, dos hermosos niños gemelos.

En vista de estos accidentes tan repetidos, cualquier día se debe hacer caso a los muchachuelos que continuamente nos atacan en la calle diciendo:

—¿Me da V. una cerillita?

El propietario de *La Correspondencia de España* ha inaugurado ya la casa del Norte para refugio de los pobres. Aunque no terminadas por completo las obras de la misma, ya puede albergar a 40 desgraciados. El refugio de su fábrica de las Yeserías, acoge todas las noches a unos 100 pobres que carecen de hogar.

En un importante opúsculo del Sr. Belmás, se hacen las siguientes importantísimas prescripciones higiénicas sobre los dormitorios de los niños:

«Si los dormitorios en general exigen atención, los de los niños la exigen doblemente.

Estos *nidos de ángeles*, como dice Víctor Hugo, deben ser privilegiados y dispuestos de suerte que bajo ningún concepto reten- gan emanaciones de ningún género.

El niño es muy tierno; respira 44 veces por minuto cuando nace, y 26 veces a los cinco años, mientras que el hombre de veinticinco años respira 18 ó 20 veces por minuto.

El carbono quemado por un niño es proporcionalmente mucho más que el quemado por un adulto.

Estas razones demuestran dos cosas: Que el dormitorio del niño exige más cuidados que el de los adultos, y que jamás debe ponerse en un dormitorio más niños que los adultos que se pondrían.

Los niños no deberían, por regla general, dormir en la misma habitación de los padres, y mucho menos entre la cama de éstos y la pared, ó en camas más bajas.

El aire que el niño respira, debe no haber sido respirado antes por nadie.»

Según datos oficiales, el número de niños ingresados en la *Inclusa* de Madrid durante el año 1886, fué de 1454, de los cuales, fueron baja por defunción, 115 dentro del establecimiento y 253 fuera de él, es decir, 368, y se entregaron a sus padres 101.



JUEGOS DE IMAGINACIÓN

SOLUCIONES A LOS DEL NUMERO 9.º

XXV.—Cogiendo un rosario y cortando con unas tijeras el alambre.

El encargado de tocar las campanas.
Sombra.

XXVI.—ENIGMA.

La obra es de Dios y se llama *el Arco Iris*.

Han remitido las soluciones, los suscritores siguientes: Rogelio López Ponce, Francisco Pajarón, Telesfora Sampere, María Llorente Zuñiga, Juanita Medrano, Carlos Pra's (hijo), Juan Jove y Corrales, Carlos Faes Porcel, Luis Pardo Ximénez, Cayetano Ortega, Félix Herrero, Buenaventura, Julia y Eladio Simó, Gonzalo Cortada de Sola, José y Amparo Yagues, Ana Giménez Andino, Julio Andrés y Argumosa, Jerónimo Betegón, Leticia Díaz, Gregorio Chavarri y Romero, Paquito y Perico Pérez de los Cobos, Ceferino López, Agustín Salvador y Sánchez y Luis Mateos, Concha y Ricardo Sánchez Guerrero, J. Pedro Brunetti y León.

NUEVOS PROBLEMAS

XXVII.

Anagrama latino escrito al pie de un Crucifijo:

«Quid es veritas?»

Contestar a la pregunta mediante un anagrama formado con ella.

XXIII.

Cruz de monedas.



Después de formar con monedas una cruz como la copiada, y que suma siempre 11 desde su pie hasta concluir el árbol principal ó los brazos, añadir otras dos monedas ó quitar dos de las que tiene, y que siempre sigan dando, por igual procedimiento, la suma de 11.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS.

ILUSTRACION INFANTIL DECENAL

CON MAGNIFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

ESPAÑA.

Un trimestre, pesetas 4.—Un año, pesetas 12.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Un semestre, pesetas 12.—Un año, pesetas 20.

NÚMEROS SUELTOS.

LA ILUSTRACIÓN con suplemento en cromo, ptas. 0,25

Idem id. atrasado. 0,50

Cada ejemplar de los cuentos ilustrados. 1,

Todos los números llevan un suplemento en cromo, y al primero de cada mes acompaña un magnífico cuento ilustrado, con láminas en colores.